

María Zambrano

# Persona y democracia

Introducción de Rogelio Blanco



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 2019  
Primera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Javier Ayuso, talla de Jesús Moreno

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Fundación María Zambrano, 1958  
© de la introducción: Rogelio Blanco Martínez, 2019  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-9181-388-0  
Depósito legal: M. 286-2019  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Introducción, por Rogelio Blanco
- Persona y democracia
- 21 Prólogo
- 25 Parte I. Crisis en Occidente
- 27 1. Perplejidad ante la historia. La conciencia histórica.  
El tiempo
- 46 2. El alba de Occidente
- 63 3. La historia como tragedia
- 72 4. La historia como juego
- 79 Parte II. La tesis de la historia occidental: el hombre
- 81 1. El conflicto
- 86 2. La humanización de la historia
- 116 3. El absolutismo y la estructura sacrificial de la so-  
ciedad
- 131 Parte III. La humanización de la sociedad: la  
democracia
- 133 1. La humanización de la sociedad
- 139 2. Individuo y sociedad
- 158 3. La persona humana
- 183 4. La democracia



# Introducción

De la amplia obra de María Zambrano (1904-1991) tan sólo unos pocos títulos atienden contenidos directamente relacionados con temática sociopolítica, si así se pudieran seccionar, y teniendo en cuenta que el pensamiento de la filósofa andaluza se halla unitariamente disuelto en toda su obra. *Horizonte del liberalismo* (1930), *Los intelectuales en el drama de España* (1937) y, sobre todo, *Persona y democracia* (1958) son las obras más representativas en un orden que bien podríamos denominar de compromiso cívico; por otra parte, en *La agonía de Europa* (1958), *Isla de Puerto Rico, nostalgia y esperanza de un mundo mejor* (1940) y en diferentes colaboraciones en publicaciones periódicas y seriadas o bien en textos diversos incluidos en su obra más biográfica, *Delirio y destino* (1989), se hallan contenidos y reflexiones que bien pudieran calificarse bajo el reduccionista término, al menos el caso de María Zambrano, de «políticos».

La mayor parte de los textos mayores de Zambrano son obras que unas veces se inician en un breve texto germinal y otras son el resultado de dar unidad a textos «salvados» de un proyecto más ambicioso e inconcluso; en este caso, *Persona y democracia* es el resultado de otro proyecto nonato: *Ética según la razón vital*. Esta obra la inicia en 1956 y se edita en 1958 en Puerto Rico; posteriormente, se reedita en 1988 y en 1999, en Barcelona y Madrid respectivamente; finalmente forma parte del volumen III de las *Obras Completas* (2011).

El libro está dividido en tres partes: primero, el hombre es el protagonista de la historia y precisa tomar conciencia de este hecho; en orden segundo, ha de procurarse recuperar las bases nacidas en el humanismo y que el absolutismo, sobre todo el racionalista, negó para humanizar la historia; finalmente, es preciso humanizar la sociedad, y para ello ha de construirse la democracia como hábitat de su protagonista, la persona. Estas reflexiones la autora las brinda como resultado de la meditación ante la convulsión o crisis en la que se halla Europa en la primera mitad del siglo XX, una Europa desgarrada entre totalitarismos y conflictos bélicos sangrientos y en franca caída a los infiernos, en un proceso de deshumanización vertiginosa. Tal situación conduce a varios intelectuales a preguntarse por los motivos. Y María Zambrano, hábil lectora de la realidad, recibe éstos como contenidos dramáticos, los transforma en conocimientos y generosamente los expone en el presente texto; una obra en la que concentra intencionadamente mayor reflexión y propuesta políticas, tras las realizadas en otra más juvenil, *Horizonte del liberalismo* (1930); texto

en el que ya afirma que «la política es la actividad más estrictamente humana y su análisis nos describe los mayores dramas, conflictos y glorias del hombre»; no obstante, desde los primeros textos la filósofa no asimila la política a la acumulación de poder, sino como actitud de «reforma, creación, revolución». La política es parte de la cultura, de la necesidad de buscar y lograr soluciones por parte de su mentor, el ser humano, el «heterodoxo cósmico», ser que por no estar sujeto a imperativos biológicos puede activar el calidoscopio vital de las posibilidades; aún más, naciendo menesteroso, «rey mendigo» lo califica Zambrano, necesariamente ha de ir creando soluciones a sus carencias, de crear cultura –el abrigo necesario que nos protege de la intemperie–. Y las soluciones no son estáticas y para siempre, precisan de continua reforma.

Y en este caso, en Europa y bajo el dintel del drama, pero con capacidad creadora y de rebeldía, el ser humano ha de crear política, pues existe aun en los casos en que se niega; y esta actividad es histórica, ya que ha de atender al pasado y al presente del pueblo al que se dirige a fin de «reformular» y de «crear» el futuro. Todo pueblo es historia y, al ser formado por individuos –seres inconclusos, seres *in fieri*–, tampoco tiene su destino establecido, ha de diseñarlo, mas «nada de lo que verdaderamente se quiere puede ser logrado si contradice o hunde el pasado, lo mismo en la vida personal que en la histórica [...] la luz viene también del pasado, de la misma noche de los tiempos» (pág. 60). En línea agustiniana, la pensadora señala que ha de conocerse el pasado para no avanzar a ciegas. Razón por la que abunda en señalar que «lo de-

cisivo de nuestra época es sin duda la conciencia histórica, desde la cual el hombre asiste a esa dimensión irrenunciable de su “ser”» (pág. 31). Y la historia ha de ser tarea de todos. Ha de corregirse la tendencia equivocada de que hasta ahora la historia lo hacían sólo unos pocos y la mayoría la padecían, pues «ahora, por diversas causas, la historia la hacemos entre todos; la sufrimos todos también y todos hemos venido a ser sus protagonistas» (pág. 27), pues la historia es «revelación progresiva del hombre», ya que éste es «un ser escondido que ha de irse revelando» (pág. 51). Somos historia, y en gran medida dramática, aún no superada una guerra se propone la siguiente, pues «lo que sigue siendo más fácil todavía para el hombre es construir infiernos o inventar paraísos» (págs. 218-219). En Occidente se han formalizado las democracias no habiendo superado la historia sacrificial, sin apurar el cáliz de la paz y cayendo en reiteradas crisis, si bien Zambrano, en el prólogo de la edición de 1987, afirma que «no hay crisis, lo que hay más que nunca es orfandad» (pág. 22). La historia sacrificial es un drama que ha de superarse recogiendo la experiencia, la historia, el pasado; mas no para instalarse en él, sino para superarlo abandonando la nostalgia que pudiera ceñirse sobre el mismo, pues quedarse instalado en un punto fijo u oficial es vivir «el ensueño de convertir la política en física, la historia humana en historia natural [...]. El conservador es el mineralizador de la historia», idea recogida de su maestro Ortega y Gasset y expresada ya en su pronta obra *Horizonte del liberalismo*. La quietud no es la solución ni en los estados de paz, toda vez que la historia y su protagonista, el ser humano, son *dynamis*.

Ha de reconocerse, pues, el pasado; no obstante «el tiempo fundamental del hombre, aquel del que parte y lo hace explicable, es sólo el futuro» (pág. 60), el lugar de la esperanza, el propio del ser *in via*; pero al futuro se llega con la gloria o con la tragedia, las dos posibilidades límite. Y ante esta situación antagónica se precisa de la política, pues toda política arranca de la idea que se dispone del ser humano, de cómo se concibe a sí mismo y de su situación en el mundo. La política indica la forma de estar. Es *ethos*.

A partir de esta idea la filósofa señala diversas posiciones políticas, y sobre todo resalta aquellas que obvian el ser persona de todo ser humano. Distingue entre individuo, yo, personaje y persona. A lo largo del texto repite de modo circular diversas afirmaciones sobre la persona que podemos resumir en la forma verbal: lo que «somos», mientras que personaje es lo que «representamos». La persona es el individuo dotado de conciencia. De este modo, la persona, además de ejercer un papel, personaje, es conciencia y recepción de la historia, capacidad de futuro, de esperanza y de libertad, el valor supremo de la sociedad y de la historia que lentamente se revela.

El ser humano no es sólo individuo, es decir, diferente, sino que «ser hombre es ser persona, y persona es soledad. Una soledad dentro de la convivencia [...]. El lugar del individuo es la sociedad, pero el lugar de la persona es un íntimo espacio [...]. Y siendo soledad, es donde nace la responsabilidad» (págs. 171-172), pero en la persona se aloja el pasado y se abre el futuro —«que es el tiempo de la libertad», y «la vida viene del futuro»—, donde habita el género humano, donde están presentes la sociedad y la historia.

En la historia y en la sociedad halla la persona su espacio, mas no toda sociedad permite que ésta, la persona, alcance su plenitud. Sólo en la democracia se logra; es el verdadero ámbito de realización; y «si se hubiera de definir la democracia podría hacerse diciendo que es la sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona» (pág. 183). La democracia no es una representación política estática o numérica ya lograda, más bien responde a un «proceso de humanización creciente» (pág. 184), y «la gran novedad del orden democrático es que ha de ser creado entre todos» (pág. 224); idea que actualmente, y en línea, reitera el antropólogo Edgar Morin señalando la necesidad de la permanente juvenilización de las formas humanas para que la dinámica hominizadora no cese, para que cada persona cree su hogar, pues ninguna clase social, sistema o partido pueden reducirla.

María Zambrano, a la par que define a la persona, defiende a la democracia como el hábitat más natural de ésta, como el modelo que más se ajusta a su estructura, a la vez que avisa de los peligros que se ciernen sobre ella: la demagogia y el abuso de ideología, a los que define como los males mayores de estos tiempos y conducentes a transformar al pueblo en masa. «La demagogia es la adulación del pueblo», al que se pretende dominar y adormecer para convertirlo en masa, en colectivo escaso de creatividad y de aportaciones, y más bien demandante sólo de derechos. La masa representa a los excluidos; es la degradación de la persona. Tras estos ecos orteguianos –mas la filósofa va más allá, pues Ortega y Gasset no duda en calificar a la democracia como «degeneración

de los corazones» o «plebeya dictadura»—, afirma que cuando «toda la sociedad es pueblo» asistimos a la auténtica democracia, donde se «está más cerca del orden musical que del orden arquitectónico» (pág. 224). En el musical se exige que la pieza sea interpretada y recreada por todos, «con la participación de todos en tanto que personas [...]. Y que la igualdad de todos los hombres, “dogma” fundamental de la fe democrática, es igualdad en cuanto personas humanas, no en cuanto a cualidades o caracteres —y concluye Zambrano—: igualdad no es uniformidad» (pág. 225); por el contrario, el orden arquitectónico es estático, racionalista y elitista, un espacio nada propicio para el crecimiento del ser *in via*, para el desarrollo de la democracia.

El grado de reflexión de María Zambrano sobre la democracia es una superación de los discursos disfrazados o cargados de frases lapidarias ajustadas a sentidos falsarios; Zambrano va más allá de la etimología de la palabra, de continuo vinculándola a los mentores de este sistema, los seres humanos en cuanto personas y en su discurrir temporal, en su diversidad y sosteniendo el barro cultural heredado, la historia. Tras estas reflexiones, ya se ha indicado, Zambrano no niega el papel relevante de la minoría, siempre que sea activa y creadora. En este contexto es una voz necesaria «precisamente cuando el pueblo, por su evolución o por la decadencia de las clases dominantes, se encuentra solo» (pág. 210). De estas minorías destaca la labor de los intelectuales, a los que critica cuando adoptan posiciones tangenciales. El riesgo de las minorías es devenir de creadores en reaccionarios, contribuir al diseño de ideologías totalitarias, con-

tribuir a la masificación numeraria en pro de la producción y el consumo, un modo de deshumanizar, de perder su papel como faros-guía.

En esta obra, la pensadora veleña nunca pierde la perspectiva de la realización del individuo como persona en libertad y la aspiración a la plenitud como ser humano. «¿Seguirá siendo utópico –se pregunta– pensar que algún día la sociedad tendrá una configuración, una estructura análoga a la de la persona humana?» Para alcanzarla «es necesario un continuo ejercicio, un entrenamiento» (pág. 208); luego, lejos del estatismo, oficialismo o conformidad, la democracia es un orden creativo cuyo ideal es el de una «sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona» (pág. 183), un *topos* al que aún no se ha llegado, un espacio en el que no se pise ni pese sobre nada ni nadie (pág. 108), incluso en el que se pueda pisar la raya sin temor a graves consecuencias; es la ciudad ausente, lugar a donde arribar, mas para no detenerse; es el lugar de la persona; y si la persona es proyecto, en su desvelamiento, ha de ser su morada. En esta morada, con reiteración, se alzan ídolos que exigen sacrificios, sangre, lo mejor de sus víctimas: la libertad (págs. 66 y ss.). La soberbia del ser humano con frecuencia conduce al endiosamiento: esta desviación irresponsable y el uso de poder ilimitado de los victimarios convierten al pueblo en «masa desarraigada»; la víctima queda reducida a un instrumento de un sistema, carece de dignidad y de libertad, cesa de su condición de persona, y en este maremágnum de víctimas y victimarios se forma el cultivo de los totalitarismos –el lugar donde late el miedo a la multiplicidad y al cambio–, entre la demagogia y el abuso de ideo-

logía, bajo el embrujo de ciertos líderes (págs. 104-105). Los modelos idolátricos han de cuestionarse y ser evitados. «El que logra llegar al poder histórico –en cualquier aspecto del poder– tiene que desprenderse de él al mismo tiempo que lo ejerce» (pág. 99). El que ejerce el poder ha de evitar endiosarse, abandonando el desempeño del personaje que representa y habilitando a la persona que aloja; «que la persona sea la máxima realidad y no el personaje», concluye Zambrano (pág. 101).

María Zambrano es una defensora radical de la democracia, entendida como el hábitat más natural del ser humano y que responde a un alto desarrollo de la conciencia. Se aleja de modelos fanáticos, nacionalistas o totalitarios, de narcisismos o de crisolhedonismos liberales y, a la vez, defiende el papel de la política en el sentido señalado, en cuanto «amor al hombre», un «inmenso amor al hombre, a todo hombre y no a una clase» (*Horizonte del liberalismo*, Morata, Madrid, 1930, pág. 130). Para Zambrano «todo nacionalismo tiene su término; por amplio que sea su radio, está condenado a cesar un día. Sólo tiene futuro ilimitado, un futuro verdadero, lo universal» (pág. 209). La pensadora andaluza defiende que todo extremismo destruye lo que afirma, y para evitar males mayores es necesaria la conciencia histórica, y ensancharla cuanto posible sea a fin de evitar la perversión nacionalista, un modo totalitario. Es preciso humanizar la historia; de lo contrario, deviene la destrucción. Y mientras esto sucede «hay que esperar, sí, o más bien, no hay que desesperar de que esto pueda suceder en este planeta tan chiquitito, en un espacio que se mide por años luz, que se repita el *Fiat Lux*, una fe que atraviese una de las noches más os-

curas del mundo que conocemos, que vaya más allá, que el espíritu creador aparezca inverosímilmente a su modo y porque sí. Es lo único que honestamente puede enunciar quien esto escribe» (pág. 23). De este modo termina la filósofa el prólogo, de 1987, a la última edición de *Persona y democracia* por la autora coordinada, a la vez que señala que esta obra es «como un testimonio, de lo que ha podido ser la historia, de lo que pudo ser, un signo de dolor porque no haya sucedido que no desvanece la gloria del ser vivo de la acción creadora de la vida, aun así, en este pequeño planeta». María Zambrano concluye el inicio del texto con un deseo «de que un triunfo glorioso de la Vida en este pequeño lugar se dé nuevamente»; y así lo termina: «No es posible elegirse asimismo como persona sin elegir, al mismo tiempo, a los demás. Y los demás son todos los hombres. Con ello no acaba el camino; más bien empieza».

*Persona y democracia*, obra nacida desde la reflexión sobre la «crisis» europea de mediados del siglo pasado, llega al presente en plena vigencia y sosteniendo el mensaje que la generó más el añadido por la autora en el prólogo de 1987: «La orfandad». Los dramas se repiten, la historia ética aún no sustituye a la sacrificial y, a la vez, carecemos de mensajes esclarecedores y más allá de los amedrentadores, pues amenazan «oscuros dioses», de mensajes de esperanza y fe en el ser humano y sus posibilidades, mensajes como el de María Zambrano, a fin de vivir –como señala Cervantes– en la luz y lejos de la sangre.

Rogelio Blanco

# Persona y democracia



# Prólogo

Apareció este libro por primera vez en la isla de Puerto Rico en el año 1958 en circunstancias bien diferentes, al parecer, de las que hoy se muestran en el mundo. Parecía entonces abierto el camino de la democracia; mas, ¿qué se entendía entonces en el mundo occidental por democracia?, ¿qué se entiende hoy, impuesto ya el sentido de la palabra democracia?

Aparecía entonces la democracia entrelazada con la idea de progreso que de modo claro y obvio se muestra hoy como algo por lo que no hay que luchar, mas para quien esto escribe, ni en aquel momento, y todavía menos ahora, es claro, preciso y transparente el sentido real y efectivo, de ese término que filológicamente aparece tan claro. Entonces lo era porque acabábamos de asistir al triunfo, a la victoria de las llamadas democracias, sin acabar de vislumbrar, sacrilegio hubiera sido, que el sentido de la historia como sacrificio se revelaba una vez

más a causa de la democracia precisamente, de un modo nítido y claro. Hoy, en cambio, esta revelación no aparece. Es más obvio que nunca que la democracia es el único camino para que prosiga la llamada cultura de Occidente; y esta revelación pone al descubierto, hoy más que antes, la estructura sacrificial de la historia humana. Quien esto escribe ha ido desde el comienzo de su vida, antes que de un modo consciente, a la búsqueda de una religión de régimen no sacrificial. El sacrificio se había ya cumplido. Hoy vemos que no ha arrojado los frutos del sacrificio cumplido, sino más bien de un cáliz que muy pocos están dispuestos a aceptar.

«La crisis de Occidente» ya no ha lugar apenas. No hay crisis, lo que hay más que nunca es orfandad. Oscuros dioses han tomado el lugar de la luminosa claridad, aquella que se presentaba ofreciendo a la historia, al mundo, como su cumplimiento, el término de la historia sacrificial. Hoy no se ve ya el sacrificio: la historia se nos ha tornado en un lugar indiferente donde cualquier acontecimiento puede tener lugar con la misma vigencia y los mismos derechos que un Dios absoluto que no permite la más leve discusión. Todo está salvado y al par vemos que todo está destruido o en vísperas de destruirse. Es mi sentir. Mostrarlo requeriría superponer una meditación entrecruzada y, especialmente, la reaparición de la memoria perdida. Aquello, aquel monstruo, no podía volver a suceder cumplido el sacrificio, mientras que hoy vemos que sí, que es así, que no puede volver a suceder porque hoy se extiende como una llanura donde ni nostalgia ni esperanza pueden aparecer. Algo se ha ido para siempre, ahora es cuestión de volver a nacer, de que naz-

ca de nuevo el hombre en Occidente en una luz pura, reveladora, que disipe como en un amanecer glorioso, sin nombre, lo que se ha perdido. Hay que esperar, sí, o más bien, no hay que desesperar de que esto pueda suceder en este planeta tan chiquito, en un espacio que se mide por años luz, que se repita el *Fiat Lux*, una fe que atraviese una de las noches más oscuras del mundo que conocemos, que vaya más allá, que el espíritu creador aparezca inverosímilmente a su modo y porque sí. Es lo único que honestamente puede enunciar quien esto escribe. Y entonces ¿a cuento de qué viene la publicación de este libro? Muy simplemente lo diré: como un testimonio, uno más, de lo que ha podido ser la historia, de lo que pudo ser: un signo de dolor porque no haya sucedido, que no desvanece la gloria del ser vivo ni de la acción creadora de la vida, aun así, en este pequeño planeta.

De que un triunfo glorioso de la Vida en este pequeño lugar se dé nuevamente.

María Zambrano  
Madrid, julio de 1987



Parte I  
Crisis en Occidente